

Preguntar, observar y aprender: un análisis de las experiencias y los vínculos a propósito de una encuesta a jóvenes en ciudades intermedias de Argentina

Ask, observe and learn: an analysis of the experiences and the links regarding a survey of youth in intermediate cities of Argentina

Andrés Hernández
undher@gmail.com

Centro de Conocimiento, Formación e Investigación en Estudios Sociales/CONICET

Melanie Guarrera
melanie.guarrera@gmail.com

Universidad Nacional de Villa María

Valentina Ayen
valeyen@gmail.com

Universidad Nacional de Villa María

Resumen

Este artículo ofrece un abordaje crítico acerca de las experiencias y los modos en que se relacionan los sujetos, en el marco de proyectos de investigación que tienen por objeto recuperar las perspectivas de los jóvenes. Para ello se analiza un conjunto de registros de observaciones elaborados como parte del trabajo de campo que venimos desarrollando en escuelas secundarias de las ciudades de Villa María y Villa Nueva, provincia de Córdoba (Argentina). Esto nos permitirá ensayar una mirada reflexiva acerca de cierta clase de incidentes y situaciones emergentes que obligan a revisar los propios instrumentos de investigación. El carácter abierto y flexible del propio diseño metodológico permite, pero de ningún modo garantiza, la construcción colectiva e intergeneracional de conocimiento. En este sentido, entendemos que resulta de vital importancia prever instancias concretas que permitan reducir los efectos no controlados de ciertas miradas adultocentradas que terminan por reducir lo inteligible a los términos en que se piensa la observación. (Re)construir nuestros instrumentos y herramientas de investigación, en medio de lo que a fin de cuentas no son otra cosa que verdaderos escenarios y contextos de intersección, persiste aún hoy como un desafío ineludible en el campo de estudios sobre juventudes.

Palabras clave: juventudes; escuela secundaria; etnografía; encuestas

Abstract

This article offers a critical approach about the experiences and the ways in which the subjects are related, within the framework of research projects that aim to recover the perspectives of youth. For this, a set of observation records prepared as part of the field work that we have been developing in schools in the cities of Villa María and Villa Nueva is analyzed. This will allow us to rehearse a reflexive view of certain kinds of incidents and emerging situations that force us to review the research instruments. Open and flexible methodological designs allows but do not guarantee the collective and intergenerational construction of knowledge. In this sense, we understand that it is of vital importance to anticipate specific instances that allow reducing the uncontrolled effects of certain adult-centered gazes that end up reducing the intelligible to the terms in which the observation is thought. (Re)constructing our instruments and research tools in the midst of what are ultimately nothing more than true intersection scenarios and contexts, still persists today as an unavoidable challenge in the field of youth studies.

Keywords: youth; secondary school; ethnography; surveys

Preguntar, observar y aprender: un análisis de las experiencias y los vínculos a propósito de una encuesta a jóvenes en ciudades intermedias de Argentina

Introducción

El presente artículo forma parte de los primeros avances y resultados que se desprenden del proyecto colectivo “Expectativas y redes de sociabilidad juvenil: un estudio acerca de las experiencias y sentidos de ser joven en Villa María (2020- 2021)”¹, actualmente en curso. Este estudio incluye un relevamiento acerca de las trayectorias, experiencias y representaciones de jóvenes, a partir de una encuesta dirigida a estudiantes de entre 16 y 20 años de edad que asisten a escuelas secundarias públicas y privadas de las ciudades de Villa María y Villa Nueva². En este sentido, el instrumento fue pensado inicialmente como parte del intento por tomar una primera fotografía aérea sobre las juventudes, para luego provocar una serie saltos de paracaídas (Lahire, 2008: 54) hacia determinadas áreas que entonces emergieran como especialmente urgentes o prioritarias, para lo cual se ha dispuesto una serie de entrevistas y aproximaciones etnográficas en escenarios y contextos de sociabilidad juvenil. Esto no significa que el propio dispositivo arroje ciertos “datos” a la cara de los investigadores, como una suerte de alarma que se activa automáticamente. Si bien es imposible desentendernos del carácter construido de cierta clase problemas sociales (Martín-Criado, 2005), no resulta nada sencillo establecer y precisar las herramientas y procedimientos que hacen a la vigilancia permanente y la co-construcción de miradas y problemas. Para atender a esta cuestión es que hemos ensayado un tipo de estrategia que da cuerpo a la importancia de asegurar la reflexividad –en tanto elemento central y constitutivo del propio proceso de investigación– a lo largo de todo el desarrollo del trabajo de campo. Y esto incluye por supuesto aquella primera instancia que supone la aplicación de instrumentos desarrollados más allá de los propios contextos de interacción, como es el caso de una encuesta. En este sentido es que aquí pondremos a prueba la hipótesis de que el trabajo etnográfico resulta una pieza clave en la medida en que permite hacer de puente y de red metodológica, asegurando la continuidad y posibilitando diálogos y triangulaciones entre perspectivas cuantitativas y cualitativas. Lejos de tratarse de un fin en sí mismo, esto supone reflexionar acerca de cuál es el aporte específico que conlleva recuperar la complejidad de los vínculos intergeneracionales, tal como se tejen en contextos de interacción atravesados por dinámicas de aprendizaje recíproco.

El conjunto de preguntas que guían nuestro análisis, así como las reflexiones que se desprenden del mismo, apuntan a establecer: ¿Qué clase de dificultades y desafíos emergen en el marco de los estudios sobre juventudes que incluyen encuestas en sus propios diseños metodológicos? ¿Cómo ha influido la

¹ Este proyecto ha sido aprobado y financiado por la Universidad Nacional de Villa María (Resolución rectoral N°415/2020), bajo la dirección de Andrés Hernández y María Franci Álvarez. Lo integran docentes y estudiantes de la Universidad Nacional de Villa María, la Universidad Nacional de Tierra del Fuego AeIAS y la Universidad Nacional de La Rioja.

² La que hemos denominado 1ª Encuesta de Juventudes de Ciudades Intermedias (EJuCI) fue aplicada durante los meses de septiembre y octubre de 2021 en las ciudades de Villa María, Villa Nueva, Ushuaia, Río Grande y Tolhuin. El formulario autoadministrado a través de un servidor en línea fue resultado del trabajo colaborativo que venimos desarrollando desde febrero de 2021 junto con quienes integran el proyecto “Condiciones juveniles insulares: un estudio sobre las formas de sociabilidad de jóvenes en la Provincia de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur” radicado en la Universidad Nacional de Tierra del Fuego (UNTDF) y bajo la dirección de Bruno Colombari. El formulario se construyó a partir de un relevamiento de otras encuestas de juventudes aplicadas en la región, lo que dio como resultado un total de 75 preguntas, agrupadas en cuatro bloques: Características socioeconómicas; uso del tiempo libre y de las nuevas tecnologías de la información y el conocimiento; trayectorias y expectativas de migración y/o permanencia en la ciudad de residencia; y, finalmente, participación y perspectivas juveniles.

pandemia en las posibilidades actuales de llevar adelante este tipo de estudios en instituciones educativas? ¿Es posible articular estrategias cualitativas y cuantitativas? ¿Qué posibilidades habilitan diseños que apelan a una triangulación en este sentido? y ¿Qué aspectos deberían tenerse en cuenta? Confiamos en que el trabajo colectivo e intergeneracional constituye un verdadero desafío, y que solo podrá demostrar su verdadera potencialidad si es que logramos objetivar y discutir los procedimientos específicos que forman parte de nuestras guías de ruta. Como es sabido ya en el campo de los estudios sobre juventudes, no se trata de dar voz a quienes supuestamente no la tienen, sino de generar mejores condiciones de escucha y de mutuo reconocimiento, de modo que las asimetrías que habitamos puedan ser revisadas, problematizadas y, eventualmente, transformadas.

El presente artículo está dividido en cuatro apartados. En el primero se ofrece un breve repaso de los principales antecedentes en los que se inscribe nuestra investigación. Allí intentamos reconstruir parte de los debates que han dado lugar a la conformación de una matriz conceptual, que ha resultado especialmente prolífica en América Latina, y que se ha ido tejiendo conforme se iban desplegando diversas líneas de investigación de los más variados campos disciplinares. En medio de esto se identifica tanto el papel que se les ha asignado, como los modos en que han sido pensadas, las encuestas en relación a la investigación sobre juventudes, lo cual entendemos nos ofrece hoy un bagaje de experiencias y producciones lo suficientemente rico para elaborar nuevas reflexiones y discusiones en el terreno teórico-metodológico. En la segunda parte, se ofrece una descripción del diseño metodológico desarrollado hasta ahora, en el marco del proyecto de investigación colectivo que hemos mencionado más arriba. En el apartado siguiente se analiza parte del corpus de datos que han sido producidos hasta la fecha en el marco de este proyecto, lo cual permite apreciar en alguna medida el potencial que ofrecen diseños metodológicos mixtos que incluyen triangulaciones entre diversas técnicas e instrumentos. A una primera sistematización de la experiencia que supuso la aplicación de una encuesta dirigida a jóvenes de ciudades intermedias, le sigue el análisis de una serie de incidentes que tuvieron lugar durante el operativo, lo cual nos permite revisar el potencial interpretativo que guardan ciertas estrategias y procedimientos motivados por dar cuerpo a la reflexividad en y durante el desarrollo del trabajo de campo. A modo de cierre, en el último apartado retomamos algunos de los elementos que consideramos pueden resultar de utilidad para estudios que enfrenten problemas e interrogantes similares o equivalentes a aquellos que han motivado nuestro trabajo de investigación.

Adultocentrismos, juventudes y encuestas

La cuestión de los etnocentrismos y sociocentrismos, que tanto ha preocupado a las ciencias sociales durante décadas, ha sido revisada e incorporada por los estudios sobre juventudes a partir de las discusiones que retoman el concepto de adultocentrismo. A partir de sus trabajos, Duarte Quapper (1994; 2000; 2012) ha venido discutiendo y poniendo en consideración el uso de esta noción, en el marco de un debate que enfrenta a distintos imaginarios sociales sobre lo juvenil y en el que se destacan claramente aquellas perspectivas que contribuyen con la producción y reproducción de una matriz sociocultural que ha sido históricamente producida. En este sentido, el adultocentrismo es presentado como un sistema de dominación según clases de edad, que se articula con otras formas y condiciones de dominación y desigualdad. En el intento por plantear alternativas epistémicas frente a estos imaginarios sociales, que según el autor llegan a conformar el paradigma clásico adultocéntrico, se oponen sin embargo otras perspectivas de análisis o contracorrientes emergentes (2015: 11). En ese archipiélago podríamos ubicar aquellos trabajos que durante las últimas dos décadas han venido apostando al estudio de diversas experiencias socioculturales, con vistas a develar los mecanismos materiales y simbólicos específicos por medio de las cuales se (re)produce un sistema de relaciones sociales, políticas y económicas que tiene a las generaciones y los grupos de edad como elementos que contribuyen en la configuración de esas mismas dinámicas.

Por su parte, en un esfuerzo similar por articular adultocentrismo y patriarcado, Krauskopf destacaba en un trabajo pionero en América Latina el hecho de que los criterios aparentemente biológicos que se utilizan para subordinar o excluir tanto a mujeres como jóvenes, se traducen en prácticas que

alientan aquellas representaciones de los adultos como modelo acabado respecto del cumplimiento de las tareas y responsabilidades sociales, así como de la productividad capitalista. Asimismo, según destaca la autora, la efectividad de esta perspectiva habría hecho crisis como resultado de los cambios socioeconómicos y políticos acelerados de fines del siglo XX (Krauskopf, 1998: 124). Pese al socavamiento de la efectividad de aquellas referencias y orientaciones que guiaron a les adultes a lo largo de sus propias experiencias de vida, el control adulto se impone en condiciones de escasa o nula escucha. Mariana Chaves se refiere también a esta cuestión al fundamentar años más tarde la relevancia de estudiar los modos en que se construye la categoría joven, en escenarios en los que se impone una visión hegemónica de un “sujeto universal” que se corresponde con el estereotipo de joven de sectores medios o medios-altos, en el llamado período de moratoria social (2005: 37). Quienes no responden a este modelo “normal-izado” deberán ser guiados, preparados o corregidos según normas que son ejercidas desde el punto de vista de los adultos y a través de las instituciones que “les pertenecen” a estos (Chaves, 2005: 37). En este punto, hace especial énfasis en la importancia de la tarea de revisar cómo los estudios sobre jóvenes recuperan este tipo de conceptualizaciones, así como los modos en que es vivida y explicada la propia juventud por los diversos actores que se ven interpelados por ellas. Así, el referirse a las juventudes en plural pasará a engrosar un conjunto de estrategias desplegadas por las ciencias sociales, las cuales permitirán lentamente forjar nuevos sentidos y horizontes de comprensión de las experiencias juveniles, así como de las condiciones y procesos que les afectan. En este sentido, podemos sostener que hoy existe un amplio consenso acerca de la relevancia y la utilidad de desarrollar enfoques complejos, multidimensionales y situados, que exploren las heterogeneidades que emergen de las propias prácticas y representaciones juveniles, y que se expresan en y a través de grupos y escenarios sociales diversos. Para ello se impone la urgencia de reconstruir perspectivas relacionales, que atiendan a esos pequeños universos en constante cambio y transformación, pero que puedan captar también las dinámicas de encuentros y desencuentros con otros grupos sociales y generaciones.

El plano conceptual al que nos hemos referido hasta aquí se ha visto profundamente enriquecido junto con el desarrollo de líneas de investigación que han tomado como eje de análisis el diseño y la implementación de políticas públicas enfocadas en las juventudes. En este punto se destacan en el caso de Argentina los trabajos de Chaves y Fidalgo Zeballos (2013), Llobet (2013) Vázquez (2015a; 2015b); Núñez, Vázquez y Vommaro (2015) y Cozachcow (2016). Siguiendo a Vázquez (2015a: 12) podemos decir que la producción socioestatal de las juventudes involucra una compleja trama de actores, definiciones y contextos, lo cual nos invita a pensar no solo el papel que juegan funcionarios, técnicos y consultores sino también los propios académicos y académicas, así como otros colectivos y organizaciones de la sociedad civil. Cabe reconocer en este punto la importancia que asumen en la actualidad un tipo particular de políticas públicas, que podemos denominar participativas, y que se caracterizan por impulsar y promover la organización y cierto nivel de protagonismo juvenil, que en el caso de Argentina ha sido en ocasiones resignificado según un punto de vista militante (Vázquez, 2015: 16). Retomando los objetivos de este artículo, cabe preguntarnos aquí acerca del lugar que han ocupado las encuestas en estas discusiones, así como del papel que han jugado en la configuración de los actuales modos de producción socioestatal de las juventudes. Esto, habida cuenta de que allí también condensan las luchas por imponer determinados sentidos y categorías, contribuyendo inevitablemente a la construcción y legitimación de ciertos enfoques y problemas sociales sobre otros.

Las agudas observaciones de Martín Criado (1998; 2003) respecto del modo en que se estructuró la llamada sociología de la juventud durante el siglo XX, nos exigen partir del rol asignado a las encuestas como herramientas de investigación privilegiada, en lo que significó el reemplazo de las clases sociales por las generaciones, como motor de cambio social en las nascentes teorías. Si bien los aportes tanto de Ortega y Gasset como de Parsons supondrán un influjo importante para una teoría de las generaciones y otros enfoques acerca de una «cultura juvenil», nos interesa destacar aquí el hecho de que estos cambios se darán al tiempo en que se produce un gran desarrollo de las llamadas encuestas de opinión, las cuales se presentan como un terreno propicio para aquello que Martín-Criado llama efectos de “imposición de problemática” (1998: 66). Esto involucra todas aquellas operaciones por medio de las cuales el sociólogo delimita el campo de lo decible, imponiendo las problemáticas que resultan pertinentes, así como las soluciones que asoman en el horizonte de lo posible. Si bien esto estaría implícito en los modos en que

se formulan las preguntas, así como en las opciones de respuesta que se ofrecen a les encuestades, también se traslada al procesamiento y aquellos dispositivos que son empleados para la publicación de los resultados. Siguiendo el razonamiento del autor, esto puede ser utilizado para legitimar cierta ilusión acerca de la existencia de un grupo objetivamente dado, toda vez que se desdibuja el rastro y las huellas que dejan aquellos procedimientos mediante los cuales se construyen afirmaciones del tipo “La juventud opina que...” o “los jóvenes piensan que...”. Y esta es una responsabilidad que se distribuye entre académicos, divulgadores, funcionarios y periodistas, cuando se traslada a la agenda pública una afirmación que se apoya en un porcentaje, una media o algún tipo de gráfico.

Numerosos autores y autoras (Braslavsky, 1989; Pérez Islas, 2006; Macri y Guemureman, 2013; Vázquez, 2015a; Vommaro, 2015) han coincidido en destacar la importancia que tuvo en América Latina la designación de 1985 como “Año Internacional de la Juventud”, decisión que fuera impulsada por la Asamblea General de Naciones Unidas (por Res. 34/151 de 1979) y que logró poner en agenda a partir de los años 80 la promoción de políticas enfocadas en los y las jóvenes. Según destaca Pérez Islas en relación a este primer período, mientras gran parte de los estudios sobre jóvenes y “menores” se apoyaron en fuentes secundarias (incluyendo censos, encuestas de hogares y estadísticas del campo educativo), muchos menos encararon experiencias de trabajo de campo propias, especialmente sobre jóvenes de poblaciones urbano-marginales, estudiantes de nivel medio y superior y proyectos laborales (2006: 149). Será recién durante los años 90 que este tipo de técnicas tendrán su principal impulso a partir de la proliferación de las llamadas Encuestas Nacionales de Juventud. Aunque como bien destaca el autor (Pérez Islas, 2006: 160), la existencia de criterios muestrales diversos, bases teóricas dispersas y, lo que es más importante aún, dificultades insoslayables al momento de hacer comparaciones entre países y períodos, debido a las temporalidades de cada aplicación y los modos en que se diseñan los cuestionarios, han significado que pasadas ya más dos décadas sigamos enfrentando un horizonte de trabajo repleto de obstáculos. Un trabajo más reciente, y menos pesimista quizás, destaca sin embargo el hecho de que los esfuerzos realizados durante todos estos años han permitido consolidar un “saber hacer” específico (Colombari, Pereyra & Cozachcow, 2021).

En lo que respecta al caso de Argentina en particular, un trabajo publicado por Chaves en 2009 confirmaba algunas de estas dificultades, como la ausencia de periodicidad y la imposibilidad de realizar análisis comparativos de los resultados disponibles, sumando además algunas características locales entre las que se destacan una menor participación de los estudios multipropósito y la dispersión de los esfuerzos de los diferentes organismos pertenecientes a la esfera estatal. De este modo, si bien se registra la preponderancia de abordajes que recurren a metodologías cuantitativas, no se registraban hasta entonces estudios con alcance y representatividad nacional y regional (Chaves, 2009: 28). Con el único antecedente en Argentina de las encuestas que luego dieron lugar a los Informes publicados por el Deutsche Bank en 1993 y 1999 (Chaves, 2009; Macri y Guemureman, 2013) comienzan a registrarse a partir de 2008, sin embargo, distintos estudios que son presentados como Encuestas Nacionales sobre jóvenes, y que han sido desarrollados tanto por organismos estatales como por organizaciones no gubernamentales. Tal es el caso del informe publicado por la Fundación SES (2009), la Encuesta Nacional de Jóvenes del INDEC (2014), el Estudio de Juventud Argentina del INJUVE (2018) y la Encuesta Nacional de Juventudes del ISEPCI³ (2021), entre otros. Si bien no se trata de un relevamiento exhaustivo, no hay dudas de que hoy nos encontramos frente a un escenario muy diferente al que se enfrentaban quienes emprendieron el desafío de apostar a la consolidación del campo de estudios sobre juventudes, durante la primera década del siglo XX. En este sentido, hoy se abren nuevas y mejores oportunidades para avanzar en el desarrollo de una perspectiva crítica, acerca de los modos en que son –y pueden ser– utilizadas aquellas herramientas metodológicas que pretenden algún tipo de representatividad sobre universos que están permanentemente sujetos a tensiones y discusiones, tanto en el plano teórico-conceptual como ético-político. A continuación, intentaremos contribuir a estos debates a partir de una serie de estrategias que apuntan a garantizar la reflexividad en campo, de modo que resulte posible un ajuste de los instrumentos junto con una evaluación colectiva de los alcances y limitaciones de los datos producidos.

³ Relevamiento realizado por el Observatorio Social de Juventudes (OSJU) del Instituto de Investigación Social, Económica y Ciudadana (ISEPCI).

Diseño metodológico

Como ya se dijo anteriormente, nuestro proyecto se apoya en una doble estrategia que busca articular perspectivas metodológicas tanto cuantitativas como cualitativas. Esto supone echar mano a distintas técnicas a medida que se avanza en el desarrollo del trabajo de campo. En una primera etapa se aplicó una encuesta auto-administrada que incluyó a 554 estudiantes de escuelas secundarias de entre 16 y 20 años de edad, de las ciudades de Villa María y Villa Nueva⁴, provincia de Córdoba. Si bien se trató de un cuestionario autoadministrado a partir de un servidor en línea, los integrantes del equipo de investigación asistieron a los estudiantes en las aulas durante la aplicación. En este marco es que se acordó la elaboración de un registro de observaciones durante las jornadas de trabajo de campo que incluyera una descripción del contexto, así como de las distintas interacciones y diálogos que se sucedieran a lo largo de cada jornada. Por otra parte, se desarrollaron una serie de comunicaciones y reuniones junto con funcionarias e integrantes del área de Juventudes de la Municipalidad de Villa María. En este marco es que se realizó una primera entrevista grupal con referentes estudiantiles de tres escuelas secundarias de Villa María, nucleadas en la Federación de Estudiantes Secundarios, con el objetivo de recuperar trayectorias y representaciones acerca de lo que significa vivir en la ciudad.

A partir del corpus de datos producidos hasta la fecha, en el siguiente apartado se describen una serie de situaciones o incidentes de campo (Guber, 2011) que pueden ser leídas a modo de escenas etnográficas (Del Río & Álvarez, 1999). Si bien la presencia en campo ya no es tan prolongada como lo exigían las formas –ya clásicas– de la investigación antropológica, huelga decir que nuestro trabajo está muy lejos de reunir las características que hacen a un trabajo de campo estrictamente etnográfico. En este sentido, vale destacar que aquí nos ceñimos al esfuerzo y la práctica reflexiva constante que acompasa a la construcción de la polifónica base empírica (Guber, 2004) que caracteriza a la etnografía, valiéndonos de algunas de las técnicas y procedimientos que se encuadran en ese tipo de trabajo de campo, en virtud de la potencialidad que ella guarda a los fines de acceder a los sujetos de estudio y su mundo social. En otras palabras, apelamos a dejar de lado las ortodoxias y abrir el diálogo entre distintas clases de técnicas de obtención de información y producción de datos, que habitualmente han sido ubicadas en extremos opuestos del abanico de posibilidades con que cuentan los y las científicos sociales al momento de planificar y emprender sus proyectos de investigación. Pues este es el caso de la observación participante y la encuesta. A pesar de que no es posible extender algún tipo de generalización a partir de las conclusiones que aquí se esgrimen, confiamos en el potencial interpretativo que se despliega, lo cual podrá en todo caso alentar un tipo de reflexividad en campo o de las prácticas de campo (Guber, 2011: 49), a partir de situaciones emergentes y procesos similares o equivalentes.

Encuestar a jóvenes en pandemia: implicancias, oportunidades y desafíos

La primera etapa de nuestro trabajo de campo nos ha permitido sistematizar una serie de experiencias que aquí serán retomadas en clave de oportunidades y dificultades –o desafíos–. Si bien resultaría errado generalizar o trasladar este tipo de observaciones a otros contextos, confiamos en que algunas de ellas pueden resultar de especial utilidad para quienes recurren a diseños metodológicos que

⁴ La ciudad de Villa María se presenta como un caso rico para el análisis en torno a las experiencias de sociabilidad juvenil, en la medida en que se encuentra atravesada por un conjunto de procesos que se dan tanto a escala local como regional y que la emparentan con otras ciudades intermedias a lo largo y ancho de nuestro país. Según datos del Censo Nacional de Población, en 2010 la ciudad registró 88.643 personas, alcanzando las 97.325 mil si se tiene en cuenta el área metropolitana que incluye además a Villa Nueva. La definición de un perfil productivo caracterizado por una industria directa o indirectamente ligada al sector agropecuario (producción de alimentos, metalmecánica, insumos y servicios), no excluye sin embargo el hecho de que al menos durante las últimas dos décadas las sucesivas gestiones municipales hayan sostenido un claro esfuerzo por profundizar un perfil educativo, que ubica a Villa María actualmente como polo educativo de la región centro y sudeste de la provincia de Córdoba. Según datos del mismo Censo del Departamento General San Martín, al que pertenecen ambas ciudades, se ubicaba en el 6to puesto de aquellos con mayor porcentaje de población entre 15 y 29 años de edad (con el 24,26%), luego de Capital (26,77%), Cruz del Eje (24,87%), Santa María (24,83%), Colón (24,53%) y Río Primero (24,39%). En cuanto a las diferencias internas entre ambas ciudades, cabe observar que Villa María muestra un porcentaje levemente mayor con el 24,38% de población joven, frente al 23,78% registrado en Villa Nueva.

incluyen encuestas, con el objeto de recuperar las perspectivas de los y las jóvenes. Una primera cuestión a resaltar en este sentido se vincula con el punto de partida –y sobre todo de entrada– a las escuelas. Ya mencionamos anteriormente las distintas organizaciones que habitualmente desarrollan este tipo de encuestas, entre las que se destacan distintas áreas pertenecientes a la esfera estatal y ONG’s, con lo cual el hecho de que en este caso se trate de una Universidad Nacional influye de manera particular. En este sentido, consideramos de vital importancia tener en cuenta la penetración territorial de la institución involucrada, así como el reconocimiento social que se pone en juego al momento de articular este tipo de actividades. Claro que en comunidades locales y a pequeña escala el conocimiento mutuo entre las distintas instituciones es algo que se encuentra atravesado por experiencias y vínculos personales. En otras palabras, hemos encontrado en el trabajo de vinculación territorial previo de la Universidad una condición de posibilidad que abre el camino, al menos en la fase de entrada, lo que asegura las primeras conversaciones con autoridades. Sin embargo, también debe tenerse en cuenta que este tipo de vínculos y acuerdos, que son preexistentes a la llegada de los investigadores y que solo pueden ser reconstruidos y renegociados parcialmente, también pueden limitar o bloquear el contacto con los jóvenes.

En este punto debemos considerar también otros factores que intervinieron de igual manera, en la medida en que experiencias previas de mutua colaboración no dieron lugar al acceso inmediato de igual manera en todas las escuelas. Quienes han tenido experiencia de trabajo de campo en escuelas de gestión pública, acordarán con que más allá de requisitos formales y la presentación de la documentación necesaria que respalde y justifique las tareas por realizar, no suelen manifestarse mayores obstáculos para hacer este tipo de relevamientos. Sin embargo, en el caso de las escuelas de gestión privada este asunto resulta algo más espinoso. Cabe resaltar el hecho de que asumieramos como estrategia inicial hacer el primer contacto con los equipos directivos sin mediar vínculo con la órbita ministerial, con la hipótesis de que un trabajo de articulación y de colaboración recíproca horizontal permitiría evitar las incomodidades y malestares que acarrear aquellas decisiones administrativas que “bajan” según jerarquías. No obstante ello, esto parece funcionar solo parcialmente, ya que nos hemos encontrado con negativas por parte de instituciones de gestión privada, apoyándose en distintos argumentos como lo ajustado que resulta el calendario escolar hacia fin de año o el requisito de asegurar que todas las escuelas participen del relevamiento. Si a esto sumamos la negativa de una única escuela de gestión pública con el argumento de que el protocolo COVID-19 no permitía entonces el ingreso de personas externas a la institución, entonces podemos confirmar que la única variable que parece pesar de modo general sobre las dificultades de ingreso a las escuelas es el tamaño de las instituciones según la matrícula. En pocas palabras, los equipos directivos –o patronales– que no permitieron avanzar con el relevamiento pertenecen a aquellas instituciones de mayor tamaño, lo cual exige repensar otras y mejores estrategias de vinculación y colaboración. Por lo demás, debemos aclarar que no hemos encontrado otro tipo de dificultades que permitieran distinguir entre modalidades o ubicación geográfica, entre otras variables posibles que suelen diferenciar a las distintas instituciones en otros aspectos.

Una mención aparte merece la cuestión de los protocolos vigentes, debido a la pandemia por la COVID-19 y la etapa de Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio (Decreto 125/2021), en la cual se llevó adelante el operativo de la encuesta. En este punto debemos reconocer que no enfrentemos mayores obstáculos más allá de las pautas y recomendaciones mínimas sobre distanciamiento, uso de tapabocas y limpieza de manos al ingresar a la institución. Incluso pudimos registrar las más variadas condiciones y modos de cumplimiento de la normativa en cada institución. Si bien la aplicación de la encuesta en formato digital y en línea permitió reducir los contactos y el intercambio de objetos, esto no fue motivo de preocupación por parte de los equipos directivos y docentes. Incluso en algunos casos circularon dispositivos como computadoras, netbooks y celulares, lo cual no significó problema alguno. Esto, sin embargo, nos lleva a plantear una cuestión central que emergió como resultado de la estrategia que asumimos en el intento por reducir al mínimo el uso de papel. Con esto nos referimos puntualmente al tema –y problema– de la conectividad en las escuelas.

A los fines de orientar a futuros trabajos que asumen este desafío aquí agruparemos a las escuelas en tres grandes grupos: i) Con conectividad y dispositivos disponibles a nivel institucional; ii) Con conectividad institucional y dispositivos por cuenta de los estudiantes; y iii) Sin conectividad institucional o conectividad parcial o insuficiente y dispositivos y uso de datos por cuenta de los estudiantes. En primer

lugar cabe destacar la existencia de escuelas que garantizan la conectividad y cuentan con dispositivos propios. Este es sin dudas un caso extremo que coincide, o bien con escuelas técnicas, o con un proyecto institucional que incluye un perfil de formación orientado a la robótica, el mundo digital y la programación. En todos los casos se trató de escuelas de gestión pública. Un segundo grupo de escuelas con el que nos encontramos, demuestran estar en condiciones de garantizar la conectividad pero el uso de dispositivos corre por cuenta de los estudiantes. Esto hace lugar a otras dificultades menores, como el hecho de que en el momento de la aplicación cuenten con carga en las baterías de sus respectivos celulares, tablets y notebooks. Aquí se agrupan la mayoría de los casos y no distingue a escuelas según tipo de gestión o modalidad. Finalmente, hay un tercer grupo de escuelas que demuestra grandes dificultades para garantizar conectividad en lo cotidiano, por lo cual la aplicación de una encuesta en línea depende enteramente de la disponibilidad de dispositivos personales y uso (y gasto) de datos por cuenta de los estudiantes. Al tratarse de escuelas de gestión pública que están alejadas de los centros urbanos, y que atienden en su mayoría a sectores de nivel socioeconómico medio-bajo y bajo, debe redoblar el esfuerzo de modo que pueda garantizarse su participación. En nuestro caso suplimos esta dificultad poniendo a disposición formularios en papel y, en menor medida, algunos dispositivos propios.

Pasando al momento de la aplicación propiamente dicho, asoma como necesario destacar algunas dificultades que se manifestaron en campo y que no pudieron ser detectadas en las pruebas de control y la revisión de pares. Nos referimos en particular al lenguaje utilizado corrientemente en este tipo de encuestas y que se traducen en problemas cuando se emprende un cuestionario autoadministrado. Dar cuenta del tipo de “obra social o cobertura de salud” de los estudiantes y, por lo tanto de sus grupos familiares, resultó en un problema recurrente. Lo mismo ocurrió con la percepción de asignaciones familiares y Asignación Universal por Hijo/a, así como el tipo de empleo de padres y madres. En este último caso, tanto el desconocimiento como el pluriempleo se convirtieron en escollos al momento de responder la encuesta. En este punto cabe reconocer el rol desempeñado por algunos docentes, quienes ayudaron a resolver dudas en la medida en que conocían las trayectorias de sus estudiantes y sus respectivas familias. Asimismo, debemos hacer especial énfasis en la sorpresa que significó para nosotros descubrir el valor de la encuesta como instancia reflexiva de los estudiantes, tanto a nivel individual como colectivo. Al momento de responder el cuestionario pudimos registrar toda clase de intercambios e interacciones entre estudiantes y entre estudiantes y docentes, en los cuales los jóvenes demostraban elaborar y discutir sus propios “proyectos de vida” así como sus expectativas a futuro en lo que respecta a empleo y continuidad de sus estudios en el nivel superior. Estos intercambios involucran sin dudas también una serie de estrategias colectivas al momento de responder, lo cual debiera ser tenido en cuenta especialmente. Se trata de ejercicios y dinámicas de interpretación colectiva de las preguntas, así como de los ítems posibles de respuesta. Es recurrente que frente a algún tipo de pregunta a viva voz de un o una joven, otro estudiante se anticipe a los aplicadores para resolver la duda. Como veremos más adelante, las bromas o expresiones del tipo “yo respondí que...” dinamizan sin lugar a dudas ese proceso y, si bien pueden ocasionalmente condicionar u orientar algún tipo de respuestas de sus compañeros, resultan inevitables.

La encuesta como deber moral

Un primer incidente que pudimos identificar entre los registros de las observaciones de quienes llevaron adelante la aplicación de la encuesta, nos invita a (re)pensar algunas de las dificultades que mencionamos anteriormente, así como las profundas desigualdades sociales que se manifiestan durante el desarrollo del trabajo de campo. Según se recoge de los registros elaborados a partir de una de las aplicaciones que tuvo lugar a fines de septiembre, el encuestador llegó a la escuela dos horas más tarde de lo acordado, debido a un efecto en cadena desatado por los sucesivos retrasos que se fueron dando en varias de las escuelas incluidas en el cronograma de esa jornada. A esto se suma el dato, no menor por cierto, de que se trataba de la escuela más alejada del centro de la ciudad, ubicada justo al límite del casco urbano. Llama la atención en este sentido que el aplicador describa su visita como parte de un deber moral, en respuesta a las impresiones provocadas por una visita anterior.

“Se había hecho tarde y si bien estaba casi seguro de que no podría aplicar ya que habíamos acordado que pasara por allí alrededor de las 14hs, fui igualmente motivado por una suerte de deber moral. La primera aplicación me había dejado la sensación de que ese colegio representaba por antonomasia todas las dificultades que enfrentan los sectores más vulnerables. Al llegar, la vice que estaba presente me llevó al aula donde estaban terminando su clase los estudiantes de 6° año. El colegio parecía vacío. Es la misma sensación que tuve por la mañana”. (Registro de campo, 30/09/2021).

Al ingresar al aula, se produce un breve intercambio de palabras, tanto con la docente como con los estudiantes allí presentes, en el que el aplicador les consulta sobre la posibilidad de que se quedaran unos minutos después del horario de salida para terminar de completar el cuestionario. Podría llamar la atención que esto no generara mayores problemas, aunque el papel de la docente a cargo de esas horas, y en especial su aprobación, parece central. Las dificultades relativas a la conectividad (acceso limitado e intermitente a la red institucional, celulares personales sin batería e imposibilidad de conectarse a la red de datos móviles, entre otras) complicarían aún más la situación, al punto en que a pesar de tratarse de uno de los grupos más pequeños fue allí donde más se recurrió a formularios en papel. En la medida en que avanzaba la aplicación y se sucedían interrupciones en la carga, lo cual en algunos casos significaba que debían comenzar desde el principio, el aplicador resalta distintos momentos de arenga, con el objeto de que aquel “esfuerzo extra” tuviera realmente sentido –y recompensa, claro–. En este punto se vuelve palpable el hecho de que se trate de una aplicación en la que no hay incentivos económicos directos de por medio. Valga la aclaración de que en este caso, al tratarse de un integrante directamente involucrado en el equipo de investigación, no percibía retribución directa por la tarea específica. Huelga decir que los jóvenes tampoco, habida cuenta de que este tipo de proyectos –como el que da marco a esta encuesta– suelen contar con un financiamiento mínimo, que no permite retribuir en modo alguno el tiempo empeñado ni la cesión de datos personales y familiares. Si bien se trata de un tema muy complejo, retomamos esta cuestión aquí a los fines de reflexionar acerca de la tasa de cambio que opera en el marco de esta suerte de economía moral, que tiene lugar durante el desarrollo de un tipo de trabajo de campo orientado a captar y dimensionar las desigualdades sociales entre jóvenes. Lo que el aplicador pudo registrar en el tramo final de aquella jornada nos ofrece algunos elementos más para dar espesor analítico a estas consideraciones.

En la medida que pasaba el tiempo, los estudiantes comenzaron a retirarse, lo cual significó que en un momento hasta la propia docente se viera liberada para abandonar la escuela. La escena final de aquella jornada lo encontró al encuestador acercándose a la única estudiante que quedaba en el aula para ofrecerle ayuda. Su ofrecimiento para que respondieran juntas la encuesta, fue identificado por aquel como el fin de la fase “autoadministrada”.

[...] (A...) me explicó que ya había pasado el horario del colectivo que la llevaba a su casa y que tenía una hora más de espera hasta el próximo, por lo que no tenía problema en quedarse a completarla. Me contó que vivía en una zona algo alejada del casco urbano, en una zona de cortaderos de ladrillos y que allí no había internet. Es por eso que no solía utilizar con frecuencia las redes sociales. Nos llevó cerca de media hora terminar la encuesta. [...] La otra situación que me resultó significativa fue cuando llegamos a la pregunta sobre identificación con partidos o fuerzas políticas. Al enumerarle las opciones me preguntó si estaba la opción ‘masismo’. Mi ingenuidad (y la lectura sucesiva de ‘kirchnerismo’, ‘macrismo’, etc.) me llevó a pensar en primer lugar en la fuerza representada por Sergio Massa, pero su cara de desconcierto me hizo dar cuenta de que no estaba pensando en eso. Un segundo después reformuló su pedido por una opción relativa a Evo Morales. Evidentemente ella estaba pensando en el MAS boliviano. Finalmente agregué esa respuesta en ‘otros’. La subrepresentación de este grupo de jóvenes se me hizo a esa altura evidente. Me refiero a: 1) los problemas de conectividad; 2) población que vive en entornos rurales o semirurales; 3) población de familias migrantes. La encuesta (y el muestreo) sin dudas debe ser revisada en los aspectos que se vinculan a estas cuestiones”. (Registro de campo, 30/09/2021)

Como podemos apreciar en este largo pasaje del registro, la reflexividad en campo de los aplicadores permite no sólo ampliar la información acerca de las trayectorias de los encuestados, sino también mostrar las limitaciones que suponen los instrumentos empleados. El subregistro es algo que se dirime también en el terreno de las pequeñas decisiones que los aplicadores toman en el campo y del “esfuerzo extra” que a veces se pone en juego para hacerse de un cuestionario completo más,

especialmente allí donde el dato se presenta a priori como perdido. Esto involucra sin dudas un trabajo de colaboración recíproca y sobre el cual conocemos muy poco, habida cuenta del sinnúmero de situaciones emergentes que pueden manifestarse en un día de trabajo de campo en escuelas.

Si bien es habitual que durante la presentación del proyecto, junto con la mención del protocolo de protección de datos y secreto estadístico, se aliente a les encuestades a responder con honestidad, con el argumento de que la información recogida será de utilidad para orientar nuevas y mejores políticas sobre juventudes, parece más difícil explicitar los términos en los que se definen las responsabilidades mutuas, así como otras cuestiones éticas igualmente implicadas. Al hacer lugar a ciertas consideraciones acerca del papel pedagógico y político de las encuestas, muchas veces parecieran escapar a nuestra mirada los complejos modos en que se definen los tipos específicos de *illusio* que están allí en juego. Es evidente que no nos referimos con esto al plano en el que se define el nivel de confianza de una muestra, sino al trabajo de campo que es necesario hacer para obtener cada una de las partes que constituyen esa misma muestra. El caso que aquí analizamos muestra cómo el nivel de involucramiento del aplicador, junto con la instrumentación de un registro de observaciones que aliente la reflexividad en campo, puede redundar en una contribución significativa a los fines de revisar y corregir algunos sesgos que persisten detrás del instrumento. Asimismo contribuye a nuevas instancias y modos de control de las dificultades reales y cotidianas que se manifiestan en campo y que pueden estar incidiendo o no en los resultados, pero sobre todo pueden estar obturando la posibilidad de captar otras problemáticas que no han sido advertidas o relevadas con anterioridad.

Un error “técnico” que deviene en reclamo

Un segundo incidente que surge de los registros de aplicación y que nos invita a revisar algunas de las dinámicas que tienen lugar a propósito del desarrollo de encuestas de juventudes, nos trae a escena nuevamente los modos en que se vinculan las escuelas y las universidades. Según relata una encuestadora que integra el equipo, durante una de las aplicaciones se vio increpada por un preceptor que estaba acompañando el recorrido por las aulas, lo que derivó en un abierto cuestionamiento dirigido al rol de la universidad. Esto tuvo lugar inmediatamente después de que la aplicadora intentara explicar a les estudiantes cómo debían resolver una de las preguntas relativas a dónde tenían pensado continuar sus estudios de nivel superior, ya que se había producido un error involuntario al confeccionar los ítems de respuesta posible incluyendo solamente a las universidades. Esto que podría parecer un simple error técnico no descubierto a tiempo durante las pruebas de control, que derivó en la no inclusión de la opción “otra institución” y la correspondiente pregunta “¿cuál?”, fue interpretado por ambos como resultado de cierto menosprecio por parte de quienes se han formado en una Universidad para con los Institutos de Formación Docente. El modo en que el preceptor hace personal este reclamo resulta evidente en la medida en que no parece despertarle la misma preocupación el olvido u omisión de otro tipo de formación superior no universitaria, como es el caso de otros Institutos públicos o privados que otorgan títulos técnicos, entre un sinnúmero de posibles formaciones o capacitaciones que siguen a la finalización del secundario⁵. A continuación transcribimos un largo pasaje extraído de uno de los registros para ilustrar los términos del intercambio que se produjo entre la encuestadora y les docentes allí presentes.

“Tomando mi comentario, el preceptor me llama y me increpa: ‘Por ejemplo, vos ¿de dónde es que hacen esta encuesta?’ Le expliqué que venía de un grupo de investigación de la UNVM. Claro, me dice. ‘¿Y cómo puede ser que la universidad no contemple de manera igualmente válida el hecho de estudiar en un profesorado? Las universidades nacionales están alejadas de los sectores populares por más que declamen lo contrario’. Le dije que estaba totalmente de acuerdo, que era un error de la encuesta y que tendemos a desprestigiar otras opciones porque nos configura ese academicismo que la universidad reproduce. [...] En fin, hablamos del desprestigio de la labor docente y de las malas

⁵ Sin ánimo de polemizar sobre esta cuestión merece sin embargo una breve mención el hecho no menor de que en nuestros registros aparezcan varios intercambios entre aplicadores y estudiantes en los cuales éstos últimos aprovechaban la instancia para consultar sobre las carreras que ofrece la UNVM y la UTN. Y esto fue resaltado en particular en aquellas escuelas a las que asisten jóvenes de sectores populares, siendo las ingenierías las más referidas. Sírvase esta aclaración al menos para que sean tenidas en cuenta diferentes clases de sesgos y prejuicios según origen social y trayectoria educativa.

condiciones laborales, el rol de la educación, entre otras cosas. Vino una estudiante a preguntar algo y el preceptor dice: ‘Pero igual hay que estudiar eh. Es muy importante, la educación es muy importante’. La alumna se reía y asentía”. (Registro de campo, 28/10/2021)

Como vemos, lo que aparenta ser resultado de las diferentes posiciones que ocupan los actores dentro del sistema educativo, se cierra finalmente cuando entran en escena los estudiantes. Los volátiles rastros de una suerte de corporativismo intrageneracional del lado del cuerpo docente, que llega a obviar incluso el tipo de institución de pertenencia, son remarcados en circunstancias en las que la educación debe ser actualizada como un valor esencial y estructurador de la sociedad. No obstante ello, al revisar otros registros nos hemos encontrado con algún grado de recurrencia respecto a una diversidad de situaciones en las que los docentes parecen reclamar mayor participación en la descripción e interpretación de las trayectorias, experiencias y malestares que atraviesan a los jóvenes con quienes trabajan en lo cotidiano. Esta disputa por el monopolio de la interpretación de qué es lo que afecta o preocupa a los “sectores populares” se explicita de un modo similar o equivalente en el registro de otra de las encuestadoras:

“Nos invitaron a sentarnos en la sala de profesores, donde nos sacaron charla dos docentes. Interesados en que sepamos por ellos mismos lo que vivían los pibes en sus hogares: ‘hacinamiento, falta de apoyo familiar, embarazo adolescente, falta de trabajo, poca contención y asistencia social’; ‘para muchas chicas su proyecto de vida es tener hijos, es una cuestión cultural’, comenta una profe de inglés. El profe de biología asiente y agrega detalles”. (Registro de campo, 30/09/2021)

Como podemos apreciar aquí, es posible identificar a título analítico un hilo común que enlaza aquel reclamo del preceptor sobre la distancia social que separa a la Universidad de los sectores populares y el ofrecimiento de los docentes de hacer de portavoces de los estudiantes. Esta cuestión debiera ser especialmente tenida en cuenta en diseños metodológicos mixtos. Si bien en la mayoría de las situaciones de interacción con equipos directivos y docentes registramos un trato cordial y de mutuo respeto, que por momentos se veía acompañado por el reconocimiento y la valoración del trabajo que estábamos realizando a través de la encuesta, ello no significa que el vínculo entre las instituciones pueda ser tomado como un asunto resuelto. En este sentido, las diversas trayectorias y experiencias laborales y profesionales de los actores involucrados, dan cuenta de un conflicto latente en aquellas situaciones en que los diferentes tipos de experticia no pueden ser articulados del todo. Esto invita a pensar en la complejidad que asoma detrás de la pregunta acerca de los alcances y limitaciones que ofrecen las encuestas para captar las experiencias y trayectorias de diferentes grupos sociales, en condiciones de profunda desigualdad. Es que no se trata solamente de mejorar los instrumentos para captar una diversidad de intereses y preocupaciones de los jóvenes, lo que supone generar mejores condiciones de escucha, sino apostar también a la construcción de vínculos de mutua colaboración entre las instituciones y los actores involucrados. Esto, siempre y cuando se tenga por horizonte dar continuidad a proyectos de articulación en el mediano y largo plazo.

Los “proyectos de vida” y otras inversiones vistas a través de las bromas

Un tercer elemento que consideramos especialmente rico para el análisis se manifiesta en medio del conjunto de aquellas interacciones que, si bien en principio pueden aparentar ser irrelevantes, involucran dinámicas y disputas de sentido que resultan significativas para repensar, entre otras, la noción de “proyectos de vida”. Con esto nos referimos a una serie de intercambios de palabras y sobre todo bromas entre estudiantes, que se producen en medio de la aplicación de la encuesta y que en ciertas ocasiones involucran también a los investigadores. Según hemos podido observar en los registros de los aplicadores, varias de estas situaciones se producían en medio de aquello a lo que nos referimos anteriormente como la puesta en juego de estrategias colectivas al momento de responder los cuestionarios. Así, en las notas de una de las encuestadoras nos encontramos con que la pregunta de algún o alguna joven sobre “qué van a poner en...” a su grupo más cercano, no solo hacía lugar a una breve puesta en común de opiniones y posiciones, sino que operaba como incentivo para quienes parecían inicialmente desmotivados por responder la encuesta. Si bien abundan notas que hacen referencia a bromas sobre algunas preguntas relativas a cuestiones de sexualidad y de la confianza hacia las

instituciones, aquí nos detendremos en algunas expresiones vertidas a propósito de lo que habitualmente es referido como “proyectos de vida” de los jóvenes.

Según observa una de las encuestadoras, el hecho de que para responder la encuesta les estudiantes debieran trasladarse a los pasillos de la escuelas, donde había mejor señal de WiFi, suponía un tipo de situación extraordinaria que venía a trastocar los tiempos y dinámicas que son más habituales en el contexto áulico. Esto habilitó, entre otras cosas, ciertas dinámicas horizontales no previstas como aquella en la que una estudiante llega a expresar a sus compañeres: “si yo no consigo trabajo, voy a abrirme un onlyfans”, lo cual pone a prueba el trasfondo serio que la sola presencia de la aplicadora sugiere respecto de aquella situación. Así, aquella expresión, habilitada en alguna medida por la propia encuestadora, hizo lugar a un breve pasaje en el que intercambiaron miradas sobre sus propios proyectos de vida a futuro. Otra intervención de uno de los estudiantes amplió aún más el margen de la discusión cuando preguntó: “¿Y si yo quiero ser narco lo pongo igual?”. Lejos de ignorar la situación o reducirla y conducirla al código subyacente a la encuesta, según el marco formal y referencial implícito a priori, la aplicadora preguntó al joven por qué querría ser narco, lo cual derivó en una discusión acerca de la importancia que ocupa el “hacer plata” en los proyectos de vida de los jóvenes. Recuerdos de películas y algunas opiniones personales mediante, finalmente llegarán a coincidir en que no es tan sencillo hacer dinero en actividades vinculadas a las redes de narcotráfico.

El tipo de escenas que describimos nos invitan a revisar la complejidad detrás de las situaciones que se ven habilitadas durante el desarrollo de encuestas en espacios escolares. Las bromas, como una de las tantas piezas que se ponen en juego en medio de los intercambios que suponen estrategias colectivas de respuesta a la encuesta, pueden ser analizadas como microcarnavales en el sentido que propone Martín Criado, a propósito de otro tipo de situaciones jocosas (1996: 171), pero que pueden resultar ciertamente equivalentes. En este sentido, aquellas interacciones parecen desbordar el marco referencial que propone la encuesta, generando las condiciones para pequeñas expresiones de catarsis grupal que ponen distancia, por medio de la objetivación irrisoria, aquello que en alguna medida les amenaza o preocupa (Martín Criado, 1996: 177). Esta comunidad de problemas, se expresa según las condiciones que imponen los esquemas interpretativos compartidos que allí se ponen en juego. Resta profundizar acerca de en qué medida allí se observa cierta “concordancia de habitus” (Martín Criado, 1996) entre jóvenes y encuestadores, lo que redirige la pregunta en dirección al juego de contrastes entre el carácter serio o formal de la situación y la irrupción de las bromas. Apostar al mismo juego que proponen los estudiantes, sin olvidar pero tampoco aferrarse demasiado al marco referencial implicado en aquellas situaciones que comenzaron cuando un docente o directivo dijo a los estudiantes “ella viene de la Universidad...”, permite hacer de las encuestas un proceso vivo. Contemplar el contexto así como las dinámicas de interacción que se ven involucradas en el mismo momento en que los jóvenes responden un cuestionario on line, resulta un elemento clave a la hora de reponer los sentidos y los marcos de interpretación que se ponen en juego, así como el carácter reflexivo y dialogado que supone marcar una u otra opción “cerrada”.

Discusiones (y aprendizajes)

A modo de cierre repasamos a continuación los principales elementos que se desprenden del análisis que hemos desarrollado hasta aquí. En primer lugar, cabe mencionar las condiciones de ingreso a las instituciones, así como las características que presenta el desarrollo de trabajo de campo en contexto de pandemia y distanciamiento social. Aquí hemos mostrado las ventajas, pero también las dificultades que se presentan en aquellas situaciones en que la indagación se apoya sobre trabajos previos de vinculación entre instituciones educativas. En este sentido, el trabajo territorial de las universidades y las experiencias de articulación con escuelas secundarias se presenta sin dudas como un condicionante a tener en cuenta, lo cual puede habilitar tanto como bloquear al acceso y el vínculo con jóvenes. Si bien no hemos podido identificar variables determinantes en este punto (como tipo de gestión, modalidad o ubicación geográfica), el tamaño de las instituciones aparece como un argumento de peso entre las negativas a las que nos hemos enfrentado durante la fase de negociación del acceso a las escuelas. Esto

alienta la formulación de algún tipo de hipótesis acerca de la influencia que supone el tamaño de las instituciones (al menos en los términos del volumen de la matrícula y la planta docente) respecto de las formas de gobierno de las escuelas. Si bien esto no vale para todos los casos, pareciera cuanto menos recurrente que el hacer lugar al pedido de ingreso para aplicar una encuesta constituya todo un problema desde el punto de vista de aquellos equipos de gestión que están a cargo de las instituciones de mayor volumen, lo que probablemente exige gestionar acuerdos y formas de seguimiento y control que no son requeridos en instituciones más pequeñas. En cambio, en lo que respecta a los protocolos implementados en las escuelas durante la pandemia, debemos agregar que no fueron determinantes durante el desarrollo de nuestro trabajo de campo, solo resultando en un obstáculo insalvable en una sola oportunidad. En este punto cabe resaltar que el operativo fue llevado adelante durante los meses de septiembre y octubre, período en el cual las escuelas ya estaban trabajando en la presencialidad plena o por burbujas.

Por otra parte, queremos hacer especial hincapié en la confirmación de nuestras expectativas respecto a la viabilidad de encarar hoy encuestas en formato digital y *on line* en las escuelas argentinas. Para ello, deberían tenerse en cuenta algunas dificultades que han sido explicitadas aquí y sobre las cuales resulta urgente y necesario avanzar. Si bien predominan las escuelas que cuentan con conectividad adecuada, son muy pocas las que hoy están en condiciones de garantizar la disponibilidad de dispositivos institucionales. Apelar a que sean los estudiantes quienes pongan a disposición sus propios teléfonos celulares resulta un verdadero riesgo, pero también una alternativa posible si es que se ve acompañada con estrategias adecuadas. Hay, sin embargo, ciertas fronteras que en parte desconocemos y sobre las que es necesario indagar de modo que no proliferen los subregistros, como es el caso de aquellas escuelas que no pueden garantizar conectividad y cuyos estudiantes apenas tienen acceso a dispositivos con las características y en las condiciones que se requieren para este tipo de operativos.

En lo que respecta a la fase de aplicación y respuesta del cuestionario, cabe resaltar algunas dificultades que hemos encontrado y que refieren a cierto desconocimiento de los jóvenes sobre las trayectorias de sus propios grupos familiares. Esto que podría suponer algún tipo de riesgo respecto de la validez de los datos de una encuesta que se pretende autoadministrada, parece resolverse a partir del acompañamiento de docentes y aplicadores, así como de la puesta en juego de una serie de estrategias colectivas por parte de los mismos jóvenes. Esto nos llevó a profundizar algunas de las dinámicas que tienen lugar durante la aplicación, lo cual supone repensar aquello que está en juego en los contextos de interacción en los que los jóvenes responden el cuestionario. Los incidentes o escenas que aquí hemos analizado sugieren algunas líneas posibles de indagación y profundización, lo cual abre nuevas interrogantes respecto de los modos en que se vinculan jóvenes y adultos. Las tensiones que allí se observan guardan cierto potencial analítico que no debe ser desaprovechado. En este punto hemos mostrado algunos elementos que conducen a pensar en cierto tipo de economía moral detrás de las encuestas, en la cual está en juego la cesión y consecución de información personal y familiar como parte de un trabajo colaborativo entre encuestadores y jóvenes. Profundizar nuestro conocimiento sobre los incentivos y las apuestas que se ven involucradas en las dinámicas que las encuestas habilitan, puede resultar especialmente útil para enriquecer y mejorar los instrumentos así como las estrategias elegidas. En segundo lugar, alertamos acerca de la clase de tensiones y conflictos que persisten a propósito de los modos en que se articulan las experticias de docentes e investigadores. El modo en que un error técnico aparentemente accidental deviene en un reclamo hacia las universidades en general, nos recuerda la importancia de trabajar con todos los actores involucrados, reconociendo la importancia y el lugar que ocupa cada uno. Claro que lo que está en juego entonces supone disputas entre saberes y marcos interpretativos. Esquivar el problema, lo cual supone en el caso de las escuelas saltar a docentes y directivos para llegar directamente a los jóvenes, parece traer más problemas que soluciones.

Finalmente, intentamos mostrar cómo algunas dinámicas aparentemente irrelevantes, justamente por su carácter irrisorio, resultan especialmente potentes para alumbrar nuevas preguntas sobre viejos problemas. Esta es otra de las ventajas que ofrecen las técnicas etnográficas como pieza clave en aquellos diseños metodológicos que incluyen encuestas pero que no se encierran en ellas, apostando por un carácter mixto o flexible. A partir de algunos intercambios de palabras y bromas durante la aplicación de la encuesta, pudimos dar cuenta de cómo se visibilizan modos colectivos de tramitar malestares y preocupaciones, en medio de otras tantas estrategias colectivas que los jóvenes ponen en juego. Esto nos

enseña acerca de la importancia de que los investigadores estemos atentos y atentas a esas dinámicas más bien horizontales, ya que en ocasiones develan los marcos de sentido y las interpretaciones en acto frente a lo que las encuestas presuponen. Esto puede, y debe, enriquecer nuestras preguntas y los modos en que buscamos dar cuenta de los problemas emergentes que afectan a las juventudes contemporáneas. Pero para ello, resulta fundamental seguir problematizando y profundizando el conocimiento acerca de los modos en que nuestras propias herramientas de indagación son vistas y manipuladas en contextos de interacción social específicos. Comprender las dinámicas que tienen lugar en escenarios en los que las asimetrías son evidentes requiere de una reflexividad constante acerca de las implicancias de ensayar y avanzar hacia formas de construcción colectiva e intergeneracional de conocimiento. En este sentido, someter a escrutinio y abrir el diálogo acerca de las posibilidades y dificultades que conllevan diseños metodológicos mixtos y flexibles, da cuenta de un horizonte promisorio. Aquí hemos podido esbozar en cierto modo cómo ciertas dificultades en el lenguaje de las encuestas pueden ser subsanadas a partir de estrategias *ad hoc* de respuesta colectiva, lo cual podría ser rechazado de plano si se asume un enfoque ortodoxo acerca de los modos adecuados de “recolección de datos” y no de co-producción, como el que hemos ensayado aquí. En cualquier caso, si hay un escollo que debe ser enfrentado por los estudios que se inscriben en el campo de las infancias y juventudes, este lo constituyen las numerosas mediaciones y traducciones que siguen imponiéndose en la construcción de sentidos que rodean y acorralan a las nuevas generaciones. Aquí hemos apenas mostrado algunas experiencias a modo de senderos que permiten evadir la voz adulta y las verdades adultocentradas. En este sentido, en medio de los límites porosos entre el humor y la seriedad de la cuestión, asoma un posible enfoque crítico como disruptivo y superador de esas mismas traducciones.

Bibliografía

- Braslavsky, C. (1989). Estudios e investigaciones sobre juventud en América Latina: balance y perspectivas. En: Rodríguez, E. & Ottone, E. (comp.), *Mitos, certezas y esperanzas: Tendencias de las investigaciones sobre juventud en América Latina*. (pp. 17-48). Montevideo, Uruguay: CELAJU-UNESCO.
- Chaves, M. (2005). Los espacios urbanos de jóvenes en la ciudad de La Plata. (Tesis Doctoral). Universidad Nacional de La Plata.
- Chaves, M. (2009). Investigaciones sobre juventudes en la Argentina: estado del arte en ciencias sociales 1983-2006. *Papeles de trabajo: Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín*.
- Chaves, M. & Fidalgo Zeballos, E. (2013). *Políticas de infancia y juventud. Producir sujetos y construir Estado*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Espacio Editorial.
- Colombari, B.; Pereyra, E. & Cozachcow, A. (2021). Estados y producción de información sobre la población juvenil: una revisión de las encuestas nacionales de juventud en América Latina y el Caribe (1987-2019). Ponencia presentada en el XV Congreso Nacional de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político y la Universidad Nacional de Rosario.
- Cozachcow, A. (2016). La construcción de la juventud como problemática de política pública en la Argentina: Análisis de iniciativas de legislación sobre juventudes entre 1983 y 2015. *Universitas, Revista de Ciencias Sociales y Humanas*. pp. 197-223.
- Del Río, P. & Álvarez, A. (1999). La puesta en escena de la realidad cultural. *Revista de Antropología Social*, pp. 121-136.
- Deutsche Bank (1993). *La juventud Argentina. Una comparación entre generaciones*. Buenos Aires, Argentina: Deutsche Bank-Planeta.
- Deutsche Bank (1999). *Jóvenes hoy: segundo estudio sobre la juventud en la Argentina; tendencias y perspectivas en la relación entre jóvenes, estado y sociedad en las puertas del nuevo milenio*. Buenos Aires, Argentina: Deutsche Bank-Planeta.
- Duarte Quapper, C. (1994). *Juventud popular. El rollo entre ser lo que queremos o ser lo que nos imponen*. Santiago, Chile: LOM Ediciones
- Duarte Quapper, C. (2000) ¿Juventud o juventudes? Acerca de cómo mirar y remirar a las juventudes de nuestro continente. *Última Década*, pp. 59-77
- Duarte Quapper, C. (2012). Sociedades adultocéntricas: sobre sus orígenes y reproducción. *Última Década*, pp. 99-125.
- Duarte Quapper, C. (2015). El adultocentrismo como paradigma y sistema de dominio. Análisis de la reproducción de imaginarios en la investigación social chilena sobre lo juvenil. (Tesis doctoral). Universitat Autònoma de Barcelona.
- Fundación SES (2009) Encuesta Nacional de Juventudes en Argentina: juventudes, demandas y desafíos para las políticas públicas. Cuadernos de trabajo N°3.
- Guber, R. (2004) *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Guber, R. (2011) *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (2015) Encuesta Nacional de Jóvenes: principales resultados. Buenos Aires, Argentina.

- Jacinto, C (2016). Educación y trabajo en tiempos de transiciones inciertas. *Páginas de Educación*, Universidad Católica del Uruguay, pp.155-163.
- Krauskopf, D. (1998). Dimensiones críticas en la participación social de las juventudes. *Participación y Desarrollo Social en la Adolescencia*. San José: Fondo de Población de Naciones Unidas.
- Lahire, B. (2008). Un sociólogo en el aula: objetos en juego y modalidades. En: Jociles Rubio, M. I. & Franzé Mudanó, A. (coord.), *¿Es la escuela el problema? Perspectivas socio-antropológicas de etnografía y educación*. (pp. 49-60) Madrid, España: Trotta.
- Llobet, V. (2013). *Sentidos de la exclusión social. Beneficiarios, necesidades y prácticas sociales para la inclusión de niños y jóvenes*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Macri, M., & Guemureman, S. (2013). La configuración del campo de estudios sobre juventud, adolescencia e infancia en Argentina a partir de la recuperación de la democracia. *Sudamérica: Revista de Ciencias Sociales*, pp. 131-162
- Martín Criado, E. (1996). Las situaciones jocosas. *Revista Internacional de Sociología*, pp. 169-180.
- Martín Criado, E. (1998). *Producir la juventud: crítica de la sociología de la juventud*. Madrid, España: Istmo.
- Martín Criado, E. (2003). Juventud. *Diccionario Crítico de Ciencias Sociales*. Universidad Central.
- Martín Criado, E. (2005). La construcción de los problemas juveniles. *Nómadas*. Universidad Central.
- Núñez, P.; Vázquez, M & Vommaro, P. (2015). Entre la inclusión y la participación: una revisión de las políticas públicas de juventud en la Argentina actual. En: Cubides, H.; Borelli, S.; Unda Lara, R. y Vazquez, M. (Comp.), *Juventudes, políticas y participación en América Latina*. (pp. 95-140).
- Pérez Islas, J. A. (2006). Trazos para un mapa de la investigación sobre juventud en América Latina. *Papers*, pp. 145-170.
- Vázquez, M. (2015a). *Juventudes, políticas públicas y participación: un estudio de las producciones socioestatales de juventud en la Argentina reciente*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Universitario.
- Vázquez, M. (2015b) Entre la movilización y el estado. Las políticas participativas de juventud en la Argentina actual. *Última Década*. pp. 163-206.
- Vázquez, M. & Núñez, P. (2012). *Políticas Públicas de Juventud e Inclusión Social en América Latina y el Caribe*. CLACSO/UNESCO: Mimeo.
- Vommaro, P. (2015). *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina: tendencias, conflictos y desafíos*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Universitario.

Sobre los autores

Andrés Hernández
undher@gmail.com

Licenciado en Sociología por la Universidad Nacional de Villa María y Doctor en Ciencias Antropológicas, por la Universidad Nacional de Córdoba, nacido en Córdoba (Argentina). Ha sido docente de grado de la Universidad Nacional de Villa María y de la Universidad Nacional de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, desempeñándose además como Docente Invitado de Postgrado en la Universidad Nacional de San Luis. Actualmente, cuenta con una Beca de investigación

Postdoctoral en el Centro de Conocimiento, Formación e Investigación en Estudios Sociales (CConFInES-CONICET) y es director del proyecto de investigación "Expectativas y redes de sociabilidad juvenil", radicado en la UNVM.

Melanie Guarrera

melanie.guarrera@gmail.com

Tesista en Licenciatura en sociología en la Universidad de Villa María donde aborda el Estado argentino en relación con las problemáticas del desempleo juvenil. Forma parte del equipo de investigación de Perspectivas juveniles y es ayudante de cátedra de la materia Introducción a la sociología en la misma casa de estudios.

En su ámbito laboral se desempeña en el Ministerio de Empleo y Economía Familiar de la provincia de Córdoba en el asesoramiento para el diseño de políticas públicas y proyectos de investigación acerca de problemáticas relacionadas con el mercado laboral. Además es feminista, militante territorial y educadora popular.

Valentina Ayen

valeyen@gmail.com

Tesista de la Licenciatura en Sociología de la Universidad Nacional de Villa María que aborda la relación entre el Estado, las políticas públicas y la problemática del empleo juvenil. Forma parte del equipo de investigación denominado "Expectativas y redes de sociabilidad juvenil" dirigido por Andrés Hernández y del equipo de investigación "Políticas sociales en educación y trabajo" dirigido por Rebeca Cena. Es ayudante de cátedra de la materia Introducción a la sociología en la misma casa de estudios.

En su ámbito laboral se destaca el trabajo como capacitadora en cursos de formación profesional dirigidos a jóvenes y una serie de experiencias vinculadas a la comunicación y la gestión cultural de proyectos artísticos. Le interesan la generación de proyectos con impacto social, el involucramiento político y la difusión del arte y la cultura local.